

RÉPLICA A: «JOSÉ VASCONCELOS. SU PEDAGOGÍA ESTRUCTURATIVA, ANTECEDENTES E INFLUENCIA», DE ANA MARÍA DEL PILAR MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

Agradezco la oportunidad de comentar el interesante texto de la maestra Ana María del Pilar Martínez Hernández porque, sin duda, José Vasconcelos (México, 1882-1959) es una de las más grandes personalidades en el ámbito de la filosofía de la educación en México.

Comienzo retomando la pregunta con que la autora finaliza su escrito. Ella inquiriere si seguiríamos dialogando sobre la obra escrita de José Vasconcelos si este no hubiera realizado la revolución cultural y educativa que llevó a cabo en México. Al dejar abierta esta cuestión, la maestra Martínez invita al lector a realizar una pausa reflexiva. Mi primer impulso fue contestar: claro que sí, las ideas que Vasconcelos dejó en sus textos poseen suficiente fuerza propia y originalidad como para no olvidarse fácilmente y, con seguridad, hoy seguiríamos estudiando su idea de una educación integral; cómo enfatizó la importancia de lo estético; ponderó la visión humanista y metafísica con la que deliberadamente pretendía ir más allá de la educación positivista;

y, desde esta óptica, destacó la revalorización de lo mestizo como lo constitutivo mexicano, todas ellas ideas importantísimas para nuestra identidad..., así que pensé que Vasconcelos seguiría estudiándose por su vasta e importante producción literaria.

Unos minutos después, sin embargo, rectificué: si él nada hubiera realizado a nivel práctico por la educación de nuestro pueblo, tal vez seguiría siendo estudiado, pero solo por aquellos especialistas que buscaran las fuentes de la valoración de lo mestizo, o sus críticas puntuales al positivismo. Sin su *cruzada por la cultura*, Vasconcelos sería un personaje un tanto olvidado en las estanterías de las bibliotecas... ¿Quién se interesaría hoy por reeditar sus libros si él no hubiera acuñado, como rector, la frase que dio lema a la Universidad Nacional? ¿Quién leería hoy **De Robinson a Odiseo** si no hubiera emprendido sus campañas de alfabetización, concebidas como verdaderas *misiones culturales*? Y entonces me percaté lo que la autora sostiene como gran verdad: la obra de Vasconcelos no puede separarse de su biografía. En otras palabras, él no hubiera escrito lo que escribió, sin haber vivido lo que vivió.

Agradezco a la maestra Martínez el que, tratándose de un autor tan polifacético, haya seleccionado con gran acierto una línea biográfica que se teje con el discurso pedagógico de Vasconcelos.

Su vida fue lo suficientemente rica como para volverla por sí misma un objeto de estudio. Desde la fundación del *Ateneo de la Juventud Mexicana* en 1909, Vasconcelos empapa la escena nacional. Su período de mayor influencia en la educación comienza al nombrársele rector de la Universidad Nacional. Logra, al fin, la creación de la Secretaría de Educación Pública, obteniendo del presidente Álvaro Obregón el presupuesto más alto en su historia. De 1921 a 1924, la educación nacional encontró su mejor momento. Vasconcelos, señala la autora, «duplicó el número de escuelas, de maestros y de alumnos, e impulsó la educación indígena» (p. 6). Incorpora la práctica del arte y la gimnasia, y «reformó todos los niveles educativos, desde el jardín de niños hasta la universidad» (p. 6).

Del texto de la maestra Martínez, destaco las que me parecen sus tesis centrales:

1. La primera es la idea de *educación* que Vasconcelos sostenía en contraparte con la pura idea de *instrucción*. Para él, educar era preparar al individuo para convertirlo en un buen ciudadano (propósito social). No se trataba únicamente de proporcionarle conocimientos teórico-prácticos, sino dotarle de una conciencia crítica para que participara, con inteligencia, en la vida social. Esta idea de que el fin de la educación es constituir la agencia ciudadana que hoy promueven las teorías educativas, se encuentra ya en Vasconcelos con gran claridad.
2. La segunda tesis es la de una *educación integral* que implica el desarrollo de habilidades procedimentales, la cultura del cuerpo (que hoy llamaríamos «educación física»), el cultivo del arte o de la sensibilidad estética. Esta idea de educación integral es la que Vasconcelos simboliza en el personaje de Odiseo: mientras Robinson —que simboliza la pedagogía anglosajona— se conforma con saberes de tipo práctico y técnico, la pedagogía de Vasconcelos apela a formar personas con capacidad de gozar espiritualmente de los bienes culturales de la humanidad. Estas ideas permanecen vigentes, hoy más que nunca. Pensadores como Nuccio Ordine en Italia, que hablan de la utilidad de lo inútil, o Martha Nussbaum, en los Estados Unidos, que defiende la centralidad de la educación humanística para construir un mundo mejor, resuenan con los postulados vasconcelistas de una educación preocupada por las dimensiones intangibles, no utilitarias, sino profundamente enriquecedoras de lo humano. Odiseo es el símbolo más claro de un ser humano abierto a aprender, curioso de saber, que arriesga su vida muchas veces con tal de conocer, sin tener de manera inmediata una recompensa utilitaria.
3. La tercera tesis del texto es la diversificación de los métodos que él propone en su pedagogía constructiva. Vasconcelos percibe la necesidad de incluir métodos distintos según se trate del objeto de estudio en cuestión, pues no todos los campos de la educación se aprenden de la misma manera. Una verdad que parece algo olvidada en nuestros días, cuando hablamos genéricamente de la educación en competencias como una sola metodología, por ejemplo.

En el caso de la física y las ciencias naturales, el estudiante aprende a través de un método empírico experimental, inductivo, mientras

que en el caso de las matemáticas y la lógica, se requiere de un método deductivo, generalizador. Así, por ejemplo, para aprender física newtoniana, el estudiante debe practicar el método experimental y combinarlo con el método deductivo de las matemáticas para comprender los fenómenos experimentales en un lenguaje matemático.

Por otro lado, el aprendizaje de la ética implica un método normativo persuasivo en el que se invita al estudiante a reflexionar, comparar y evaluar su conducta, frente a la conducta de los demás, a la luz de los valores morales. Se trata, pues, de experimentar nuestra personalidad y cotejar sus reflejos más íntimos con la manera de ser de nuestros semejantes para descubrir normas de acción, voluntaria y responsablemente aceptadas.

Finalmente, Vasconcelos considera que el aprendizaje de la estética se logra por un método muy distinto, que no es activo/reflexivo ni normativo persuasivo, sino que invita a la dicha y a la fascinación a través del contacto con las bellas artes. Esta importancia de lo estético en la convicción de que el arte nos convierte en mejores personas, en seres humanos más completos, se ha perdido en buena medida hoy en día, cuando se ha restado espacio al arte dentro del *currículum* para dar cabida a más conocimientos técnicos.

Vasconcelos advirtió con claridad que detrás de una pedagogía aparece siempre una metafísica que señala los fines últimos de la educación: el acceso a ese *destino invisible* que distingue a la educación de la mera instrucción y que tiene que ver con el cultivo de una humanidad integral. Hoy, más que nunca, debemos impulsar estas finalidades y rescatar la fuerza de sus ideas que vienen a ser como agua fresca en medio del materialismo rampante que nos acecha. ■

Hilda Ana María Patiño Domínguez